

PRIMER TEMA DEL CONGRESO DE ACADEMIAS

I.—UNIDAD Y DEFENSA DEL IDIOMA ESPAÑOL

- 1).—Importancia de conservar la unidad fundamental del idioma español.
- 2).—El idioma como instrumento y manifestación de la cultura de raíz hispánica.
- 3).—El idioma como fuerza de cohesión espiritual al servicio de los pueblos de habla española y al servicio de la humanidad.

Ponencia del Académico Dr. Fabela.

El idioma es el vínculo que más une a los hombres entre sí; los acerca, los junta, los hermana. Los pueblos que hablan la misma lengua se sienten atraídos unos a otros, porque el habla es esencia del espíritu, es su irradiación, es “su verbo”.

Con el habla expresan las gentes sus creencias religiosas, sus necesidades, su sentimiento, su pensamiento, sus deseos. La palabra escrita o hablada crea la comunión espiritual de los individuos y de los Estados, y origina también sus hondas separaciones. Un mismo idioma para toda la humanidad compenetraría fácilmente a los humanos entre sí y en cambio las múltiples lenguas que se hablan en el universo los alejan y establecen entre ellos profundas separaciones.

En un mismo Estado el uso corriente de distintos dialectos provinciales provoca divisiones políticas, a las veces graves, y crea constantes problemas diversos que no existirían si todos sus nacionales vivieran unidos por el lazo unitivo de un mismo idioma.

Por eso decía don Juan Valera, quizá pensando en su propia patria: “Hablando los hombres idiomas diferentes pudieran dispersarse y, dispersos, olvidar que eran hermanos. Así como el olvido del habla hace olvidar la fraternidad, así la comunión del habla la conserva y hasta la crea...”¹

Dante con su *Divina Comedia* hizo más por la unidad italiana que Garibaldi y que Mazzini.

Y en sentido inverso sostenía el citado académico: “...una lengua algo diversa de la que hablamos y un gran monumento escrito en esa lengua, *Os Lusíadas*”, son el mayor obstáculo a la fusión de todas las partes de esta península: Camoens se levanta entre Portugal y España cual firme muro más difícil de derribar que todas las plazas fuertes y los castillos todos.”²

¹ Juan Valera, *Discursos Académicos*: Tomo I, p. 24.

² Valera, *Op. Cit.*

Y en cuanto al vastísimo mundo hispánico, podemos decir, con la firmeza de quien asienta una verdad histórica y eterna, que después de Colón, los conquistadores y los misioneros, nadie pudo unir a España de manera tan indestructible con las distintas colonias de ultramar como nuestro señor Don Quijote.

Por tal verdad afirmó enfáticamente Quintana, dirigiéndose a los pueblos de este Continente, que “serían españoles y no americanos”, porque en nuestras playas veríamos “la cruz del Gólgota plantada” y “escucharíamos la lengua de Cervantes.”

No, no tenía razón el bardo que tanto admiraron sus contemporáneos: no somos españoles solamente, ni solamente americanos; somos hispano-americanos, pertenecemos a una raza criolla que nació de dos razas que se cruzaron; pero esa raza nueva siempre ha reconocido su glorioso tronco ibero y siempre se ha sentido orgullosa de “amar a Jesucristo y hablar en español”, vínculos de indestructible perennidad que la unirán a España por los siglos de los siglos.

* * *

Pero si es cierto que el viejo castellano nos entrelazó a todos los latino-americanos, también lo es que la falta de unidad en la lengua que hablamos en cada una de nuestras Repúblicas pudiera operar, está operando ya, un fenómeno contrario de disgregación que debemos evitar si no queremos que se rompa la armonía lingüística que hasta hoy fraterniza nuestras vidas.

Para evitar esas separaciones, lo indicado y apremiante sería aumentar el vocabulario de nuestra lengua en proporción al número de voces aceptables de todos los países donde se hable el español. Aceptables ¿por quién? Por los Congresos de Academias que se sucederán al actual, y, en definitiva, por la Academia Española de la Lengua.

Porque así se forjaría un idioma de más vasto imperio, que dilataría su uso a toda la Hispanidad. Y entonces el Diccionario de la Academia acrecería considerablemente su ya copioso caudal con miles y miles de voces que serían incorporadas al flamante español. Flamante por su aceptación en el Supremo Tribunal Académico, pero no por estar compuesto de palabras de moderno nacimiento sino al contrario, por vocablos consagrados por el uso de muchos años y que por su significado ideológico fueron incorpo-

rados al habla española sin discriminaciones de ninguna especie.

Procediendo así, la unidad y la cohesión entre las naciones que forman el gran Mundo Hispánico se afianzaría más y más por efecto de ese vehículo espiritual de un neoespañol que todos y cada uno de los pueblos hispanoamericanos sentiría más suyo. Porque lo mismo el mexicano, que el salvadoreño, que el argentino, que el uruguayo, etc., considerarían esa lengua modernizada como propia, puesto que si las palabras tienen alma, ellos verían su espíritu palpitando en la verba que hablaron sus antepasados y que hablan sus hijos.

Y entonces cesarían esos movimientos idiomáticos nacionalistas, como el de la “argentinidad”, que ha tenido y tiene no pocos adeptos y que pretende crear una lengua nueva a base del “brioso español del poema inmortal ‘Martín Fierro’.”

* * *

Pero, ¿será posible esa empresa que los puristas recalcitrantes del lenguaje juzgarían tal vez como iconoclasta o absurda? Será oportuna y se justificaría una obra revolucionaria de tamaña envergadura y alcance?

Y ¿por qué no?

El concepto estático del idioma debe desaparecer para darle paso franco al movimiento de libertad y renovación que todas las lenguas deben tener si anhelan su enriquecimiento, maleabilidad y regeneración incesantes.

Los viejos académicos de la Real Española ya expresaban ese sentir: “...necesidad, hechura e instrumento de todos, el carácter particular de la lengua —decía Núñez de Arenas—, es crecer constantemente a modo de río que, sin mudar de nombre, está mudando incesantemente las aguas que lo acaudalan.”³

“Es menester distinguir los tiempos, las costumbres, el gusto, el estado de la literatura y la calidad de los escritores. Todas las lenguas han seguido ese progreso y de estas vicisitudes han sacado la variedad, y de ella su riqueza, pues si aún la sintaxis se altera cada cien años, ¿qué será el estilo?

³ Isaac Núñez de Arenas, *Discursos leídos en las Recepciones Públicas que ha celebrado desde 1847 la Real Academia Española*, Madrid. Imprenta Nacional. 1865.

“Una lengua viva es un cuerpo inmortal que siempre crece sin tasa y sin medida siguiendo los progresos del entendimiento humano.”⁴

* * *

Para que en esta histórica jornada del Primer Congreso de Academias de la Lengua Española obtengamos, entre otras, una resolución, o al menos una recomendación que pudiera ser de trascendencia eficaz en nuestro propósito, adoptemos el pensamiento de Unamuno concretado en esta frase: “Hacer, sobre el castellano, la lengua hispanoamericana...”

He aquí el desarrollo de las ideas del célebre hombre libre:

“Una de las más fecundas tareas que a los escritores en lengua castellana se nos abren, es la de forjar un idioma digno de los dilatados países en que se ha de hablar y capaz de traducir las diversas impresiones e ideas de tan diversas naciones. El viejo castellano necesita refundición. Necesita, para europeizarse a la moderna, más ligereza y más precisión a la vez; algo de desarticulación, puesto que hoy tiende a anquilosarse; hacerlo más desgranado, de una sintaxis menos involutiva, de una rotación más rápida.”

“...Revolucionar la lengua es la más honda revolución que puede hacerse; sin ella la revolución de las ideas no es más que aparente...”⁵

“El futuro lenguaje no puede ni debe ser una expansión del castizo castellano, sino una integración de hablas diferenciadas sobre su base, respetando su índole, o sin respetarla, si hace el caso.”

“El pueblo español, cuyo núcleo de concentración y unidad históricas dio el castellano, se ha extendido por dilatados países y no tendrá personalidad propia mientras no posea un lenguaje en que, sin abdicar en lo más mínimo de su peculiar modo de ser, cada uno de los países que lo hablen hallen en él la más perfecta y adecuada expresión a sus sentimientos o ideas.”

⁴ Antonio de Capmany y Montpalau (filólogo académico), *Op Cit.*, Tomo III pp. 549-50.

⁵ Unamuno, *Ensayos*, Tomo III. P. 90.

“...tiene la lengua castellana que modificarse hondamente haciéndose de veras española o hispanoamericana si ha de arraigar a duración en los vastos territorios porque hoy se esparce. Modificarse y aún alterarse, si fuera menester.”

Alguna *ocasión*, públicamente recomendaba Unamuno a sus paisanos vascos que se adueñaran del castellano y “se aplicaran a enriquecerlo y flexibilizarlo sin admitir monopolios casticistas”; llegando a tal extremo sus osados propósitos, que llegó a mencionar como nuevo idioma que tuviera el destino de ser usado por el vasto Mundo Hispánico, el ‘sobrecastellano’.”

Exageración innecesaria que demuestra sin embargo la sinceridad de su empeño de ampliar el castellano en tal forma que tuviera una profundidad, una anchura y una extensión que abarcara a todos los rumbos que hablan el idioma de Cervantes; pero reduciendo su pensamiento a lo posible, lógico, humano y conveniente, el ilustre hombre libre subrayó sus propósitos de hacer la lengua hispánica internacional con el castellano “y si éste se nos muestra reacio, sobre él o contra él.”⁶

* * *

Ahora bien, frente a esa tendencia dinámica de extensión y renovación de nuestra lengua, se nos presenta como un posible valladar que dificulta prácticamente tan loable empresa, el mantenimiento y ejecución del clásico deber académico de conservar la pureza idiomática .

Entre un extremo y otro, estimamos que nuestra condición de hispanoamericanos debiera—inclinarse por el aumento de todos aquellos vocablos que tuviesen un uso y un valor reconocidos en su patria de origen y que la Academia no tuviera razones de positivo fondo para rechazar. Pero esto, sin descuidar la misión —que podríamos llamar sagrada—, de proveer a la conservación y la pureza de nuestro idioma.

En el seno de las Academias las dos tendencias deben coexistir: una, la tradicional de mantener la dignidad, la delicadeza, la armonía, la finura, la sonoridad, la elegancia, y la pureza de la lengua; y la otra, la tendencia renovadora que consistiría en ofre-

⁶ Unamuno, *Op. Cit.* Tomo IV, p. 14.

cer al Diccionario un nutrido acervo de voces que serían las que el uso y la costumbre hubieren aceptado no sólo en España sino en todas y cada una de las repúblicas hispanoamericanas.

La primera tendencia entraña la bien sabida y tradicional misión de fijar, limpiar y dar esplendor a nuestro idioma, misión que lleva invívito el mandato de conservarle su pureza.

La Academia Española es la conservadora y depositaria de la propiedad y pureza de uno de los más bellos idiomas que ha sonado jamás en los labios de los hombres. . . " decía el reputado hablista don José Joaquín de Mora (Discursos ya mencionados).

¿Qué límites habrá de tener ese deber de conservación? Los que señalan las necesidades del lenguaje del dilatado mundo hispanoamericano, pues no hay que olvidar que "la obra castiza o casticista reproduce la sensibilidad de una época pretérita y sólo podrá interesar a los hombres de esa época." Y a nosotros nos interesa la vida circundante con sus palpitaciones que nos son transmitidas en el habla que escuchamos cotidianamente y esa habla no es la de ayer, sino la de hoy, la que oímos a nuestro alrededor.

Para conservar la pureza del idioma "hay que sumergirse en el pasado español, pero no ahogarse en él" porque "el casticista ignora la modernidad" (Ortega y Gasset) y nosotros estamos, no para vivir en el pasado sino en un presente que tenga las alas de nuestro espíritu abiertas al porvenir. Bien abiertas, para que ellas protejan las auras del buen decir, pero no del bien decir secular y desusado que huele a arcaico, sino del que nos sirve de vehículo para entendernos ahora y que tiene voces castizas o no castizas, propias o extranjeras, nacionales o españolizadas, pero que responden a la ingente necesidad del lenguaje vigente que se modifica sin cesar.

Esa modificación perenne que no parará nunca, obedece a tres causas primordiales: la interpolación de unas lenguas en otras; el estupendo progreso de la civilización contemporánea y a la interdependencia cada día mayor de todos los Estados y de todos los individuos de la tierra.

